

que el día de su libertad, ni nunca sus habitantes se ven espuestos á mas arbitrariedades que el día que se publican pomposamente sus derechos.

¿Concluirán ahora sus desgracias? Tememos que nó. La vida sediciosa, los hábitos anárquicos no se corrigen en un día; y á no contar el poder que se instale, con la proteccion de las armas de las potencias aliadas durante algunos años, no podrá reconstituirse aquel país, donde es preciso desvanecer las locas ambiciones de los tiranuelos, que hicieron imposible hasta aquí las funciones de toda administracion política.

Antes de empezar á escribir la crónica militar de la espedicion, entremos, pues, á narrar la historia de Méjico y á describir el país, ambas cosas indispensables, la una para comprender los acontecimientos políticos que han surgido ya y puedan surgir, y la otra para poder apreciar los sucesos militares de mayor ó menor importancia que deban realizarse.

potente colonial. Son bien conocidos de todos los acontecimientos á que nos referimos; quizá no ha oído su relato de los mismos labios de los testigos oculares. ¿Quién ignora la cantidad de la familia de Borbon, el estero de José Bonaparte y los gloriosos hechos que se celebraron en Méjico, las partes rectas y las que se llaman que asoman por el mundo entero, las agueridas legiones del

## MÉJICO

### HISTÓRICO-DESCRIPTIVO.

Poco estos crónicas que se venían en España, en otros países, conchas para la conservacion de nuestras colonias ultramarinas. En fin llegaron á la capital de Nueva España, á la antigua corte de los Habsburgos, las mas amables noticias de la revolución que en Méjico se acordaba respetar, porque estaba rodeado de

#### Preliminares de la revolucion.

España habia estendido tranquilamente su dominacion durante tres siglos por estensas comarcas situadas en el nuevo continente, descubierto por el poderoso genio del inmortal Colon. Entre estos países, que daban á la nacion española la importancia de un poder colonial, superior á todas las demás potencias europeas, Méjico constituia uno de los mas bellos florones que la corona poseia en aquellas apartadas comarcas.

Los sacudimientos y luchas de que fué teatro la Península, provocadas por la ambicion del guerrero del siglo, acarrearón funestas consecuencias á la nacion española, y dieron un golpe de muerte á su

poderío colonial. Son bien conocidos de todos los acontecimientos á que nos referimos; ¿quién no ha oido su relato de los mismos lábios de los testigos oculares? ¿Quién ignora la cautividad de la familia de Borbon, el efímero reinado de José Bonaparte y los gloriosos hechos de armas, con los cuales nuestros padres rechazaron con un heroísmo que asombró al mundo entero, las aguerridas legiones del vencedor de Marengo y Austerlitz?

Pero estos trastornos que se verificaban en España, tuvieron tristes consecuencias para la conservación de nuestras colonias ultramarinas.

Un día llegaron á la capital de Nueva España, á la antigua corte de los Motezumas, las mas siniestras noticias de la Metrópoli. Aquel poder que tanto se acostumbraba respetar, porque estaba rodeado de la aureola del misterio, habia sido destrózado momentáneamente, y la madre patria yacía sumida en la dominacion estraña. Estas tristes nuevas, que todos comentaban en medio de la general ansiedad, produjeron una sorda fermentacion en todos los ánimos. Los españoles lamentaban amargamente los desastres de la patria, y temian, no sin razon, por la suerte de las colonias y por los sacudimientos que las circunstancias azarosas por que atravesaba España, podian hacer surgir en aquellos países, en los que pululaban tantos elementos de oposicion hácia la Metrópoli.

La poblacion indígena se habia manifestado siempre hostil á la dominacion española, y solo ba-

jaba sumisa la cabeza por la elevada idea que habia concebido del gran poder de sus señores. ¿Qué haria esa misma poblacion cuando llegase á comprender que sus mismos dominadores se veian en la triste precision de disputar la propia patria palmo á palmo al extranjero? Por otra parte, los mestizos, que habian heredado los vicios de sus padres, sin conservar ninguna de sus virtudes, acariciaban la idea de vengarse del desprecio con que la raza pura los consideraba, y finalmente, los *Criollos*, aunque corría por sus venas la sangre española, habian ido atesorando durante algunas generaciones el rencor que les causaba verse pospuestos por los españoles nacidos en la Península, en la distribucion de los honores, de los cargos lucrativos y de las recompensas de todo género.

Pero estos distintos elementos, que conspiraban todos contra la dominacion española, debian todavía tardar algun tiempo en fundirse, para presentar un poderoso espíritu de oposicion hácia la madre patria; y si bien en lontananza se divisaban las nubes precursoras de una terrible tempestad, tardaria algun tiempo en estallar por completo.

Los mejicanos, á pesar de todo, protestaron contra el poder de José Bonaparte, declararon de hecho rotas sus relaciones con el gobierno del usurpador y juraron fidelidad al monarca destronado. Sin embargo, la situacion de la superior autoridad española se hacia cada vez mas crítica, pues el prestigio de que gozaba habíase amenguado

considerablemente en vista del estado de la Metrópoli.

En aquellas anormales circunstancias, solo una actitud digna y enérgica por parte del virey español, actitud tanto mas resuelta, cuanto mayor era la gravedad de los acontecimientos, podia salvar la situacion y conservar para la madre pátria aquellas comarcas en las que flotaba el pendon de Castilla; pero el virey Iturrigaray, que á la sazón gobernaba en Méjico, estaba muy lejos de encontrarse á la altura de las circunstancias.

Asustado ante la fermentacion del pueblo, y viendo considerablemente rebajado su prestigio, pensó que las concesiones conservarían su poder, y no conocia que él era el primero que daba el golpe de muerte á su autoridad. Queriendo sancionar y legitimar un imperio que se habia roto bruscamente, creyó que el único medio de devolver la antigua fuerza y poderío á la autoridad que representaba, era la reunion de una junta, que diese validez á sus actos y le prestase la fuerza moral que le faltaba.

El medio era peligroso y habia de producir naturalmente sus frutos. Llamado el país á decidir sobre su futura suerte, los gérmenes de independencia, que hasta entonces habian permanecido ocultos, brotaron repentinamente favorecidos por las excepcionales circunstancias en que se encontraba el virreinato. El municipio de Méjico, fundándose en que era la legitima representacion del pueblo, aspiraba á

la soberanía, al menos mientras durase la cautividad de Fernando VII, al mismo tiempo que la audiencia, en donde predominaba el elemento español, se ponía de parte del virey, apoyaba su autoridad y se pronunciaba por la idea de que á ella, en union con el virey, competia el ejercicio del supremo poder.

La lucha, pues, entre ambos partidos se manifestaba ya de un modo ostensible, aunque no estaba todavía bastante definida la division para que no fuese posible un acuerdo, que si bien no destruiria estas nacientes diferencias, podria acallarlas momentáneamente. Ambos partidos estaban de acuerdo en la idea de negar su obediencia al imperio de Napoleon, instituyéndose tambien por convenio de todos una junta suprema, compuesta de las autoridades superiores y de los americanos mas distinguidos, que prestó juramento de fidelidad á Fernando VII y negó la obediencia á la junta soberana de Sevilla.

Este paso del virey fué considerado por la poblacion indígena como un atentado contra la dominacion de la Metrópoli, puesto que daba á la colonia un valor político de que no habia gozado hasta entonces, reconociendo en ella el derecho de votar sobre una cuestion de tan grave importancia. La poblacion española se manifestó en abierta oposicion contra el virey, insurreccion que con su acostumbrada debilidad no supo ni prevenir ni ahogar con enérgicas medidas, y cuyas consecuencias fueron el ataque del palacio del virey, su encarcelamiento y

conduccion al fuerte de Ulúa, desde donde se le envió á España á dar cuenta de su conducta. Despues de estos acontecimientos, el partido español anuló la junta, y nombró por virey á Garibay, reconociendo al mismo tiempo la junta central de la Metrópoli.

Los mejicanos comprendieron entonces que no debian esperar nada de sus dominadores, que persistian en mantener el sistema colonial en toda su pureza y que los súbditos americanos no participarian jamás de la administracion del país y de sus intereses, lo que hizo acrecer la animosidad de los criollos, que comprendiendo las dificiles circunstancias en que la España se encontraba, pensaban habia llegado el momento oportuno de conquistar su independendia.

La junta central, tan pronto como tuvo conocimiento de los hechos que dejamos indicados, nombró por virey de aquellas comarcas al arzobispo de Méjico, en tanto que Venegas, que salió al poco tiempo de España, sé encargaba del mando.

Desde entonces, el guante entre los españoles y los criollos estaba arrojado; y el virey Venegas, que llegó á Méjico en 1809, no hizo mas que provocar la rebelion con sus actos de crueldad, que llevaron al colmo la general animosidad é irritacion. Todo parecia anunciar la proximidad de una lucha inminente; y si bien las pasiones políticas pudieron aparecer por un momento como apagadas, fermentaban, no obstante, sordamente. La crueldad desple-

gada por el virey Venegas, hizo desaparecer la diferencia de los partidos ante el enemigo comun, añadiendo nuevos combustibles á la hoguera próxima á encenderse.

Segun el estado en que se encontraban los ánimos, no acostumbrados á la vida pública, debian los descontentos manifestar mayor fiebre y actividad en los primeros pasos que daban por una senda casi desconocida. Solo faltaba un hombre atrevido que diese la señal y concluyese de esta suerte con el ejemplo, el respeto que inspiraba todavía el nombre español. Este papel estaba reservado para un sacerdote, que debia ser el primero en lanzar el grito de independendia.

El 16 de setiembre de 1810, el cura Miguel Hidalgo, del pueblo de Dolores, en el estado de Guanaxuato, despues de haberse puesto de acuerdo con el coronel Allende y el capitan Abasolo, enarboló el estandarte de la rebelion contra la Metrópoli, reuniendo en torno suyo, en muy corto tiempo, multitud de partidarios. Los indígenas no esperaban mas que la primera señal para aprestarse á defender su independendia, y si el cura Hidalgo hubiera reunido las condiciones de un caudillo, bien pronto hubiera propagado la rebelion por todas partes; pero si bien contaba con el valor y la iniciativa necesarios al que se constituye en campeon de una causa, faltábanle, no obstante, la prudencia y cordura del general: su valor tenia mucho de salvaje, y por cualquiera parte que pasaba con sus huestes, dejaba terribles huellas.

Esta crueldad le enagenaba las voluntades de los descontentos, que conocian lo que podian esperar de tal caudillo.

Sin embargo, en los primeros momentos su bando presentaba un imponente aspecto. Diríjese á Guanaxuato, capital del Estado; esta ciudad le acoge en su seno, y en ella se verifica el primer degüello de españoles. Desde Guanaxuato prosiguen sus correrías, y Acambaro, Celaya y Valladolid abren sucesivamente sus puertas á los insurgentes, cuyo número aumentaba por momentos de un modo superior á las esperanzas de Hidalgo.

El virey Venegas, tan pronto como tuvo noticia de estos acontecimientos, se dispuso á ahogar la nascente rebelion con los pocos recursos de que podia disponer. Pero si bien á la inferioridad del número, podia suplir con ventaja el valor de los soldados españoles, y la superioridad en las armas y la disciplina; el virey cometió la imprevision de confiar sus tropas al general Trujillo, que carecia de los conocimientos necesarios para sobreponerse á una situacion difícil y embarazosa, y que se dejó derrotar por las indisciplinadas masas de Hidalgo en el sitio llamado de las Cruces.

Hidalgo carecia de las dotes de gefe, y no supo aprovecharse de su victoria, marchando resueltamente sobre Méjico, cuya ciudad, por la derrota de las tropas reales, habia quedado casi completamente desguarnecida, y contenia en su seno grandes elementos opuestos á la dominacion española, que

hubieran prestado un poderoso concurso á los insurrectos.

El virey Venegas, conociendo lo crítico de las circunstancias, y que solo la energía y actividad mas completas podrian reparar el descalabro de las Cruces, reorganizó sin pérdida de tiempo los restos de la division de Trujillo; y esta vez, algo mejor aconsejado en su eleccion, puso el mando de las tropas reales en manos del general Calleja, que derrotó las fuerzas insurgentes en la llanura de Aculco.

Este descalabro, por mas considerable que fuese, no desalentó á los insurrectos, que se replegaron á rehacerse hácia Guadalajara, recibiendo á su paso toda clase de auxilios de las poblaciones, que empezaban á manifestar su hostilidad contra los españoles, con lo que bien pronto logró el cura Hidalgo reparar su desastre, y encontrarse en disposicion de resistir á las tropas reales, que, guiadas por Calleja, perseguian activamente á los insurrectos.

El general español atacó decididamente á los desorganizados escuadrones de Hidalgo, cerca del pueblo de Zapotlanejo, y consiguió una nueva victoria, dispersando completamente á los contrarios, despues de haberles hecho sufrir pérdidas en estremo considerables.

Si en un principio el cura Hidalgo pudo gozar de una popularidad escesivamente superior á sus merecimientos, bien pronto los incalificables escesos